

1934

Lekeitioko Udal Artxiboa (LUA)

Un rincón del Cantábrico

Si Lekeitio, villa abierta al mar, tuviese acceso por ferrocarril, las invasiones veraniegas, con su estrepitosa vulgaridad hubiesen alterado ya la fisonomía, entre ruda y cordial, de este apacible rincón del Cantábrico. Nuestro tiempo, esclavo de un egoísmo sin poesía, no pide a los sitios y a las cosas más que baratura y comodidad. La gente anda por el mundo pendiente de sus sensaciones más rudimentarias como si el espíritu no tuviera derecho a más nobles goces. Hay que convenir en que se conten-

ta con poco. Yo deseo que Lekeitio tarde todo lo posible en disponer de aquel medio de locomoción y de tránsito, que refutamos como una de las formas del progreso. Cuanto más se aísla un pueblo, más fiel se mantiene a sus tradiciones familiares. La intercomunicación, demasiado frecuente y rápida, borra lo típico de cada región, fundiendo los gustos y las costumbres en una irritante uniformidad. Todavía si al aproximarse los pueblos se correspondiesen y se amaran, valdría la pena de favorecer su convecindad



VISTA GENERAL DEL PUERTO DE LEKEITIO

4 NOV 1934

Blanco y Negro, 1934-4-11 Un rincón del Cantábrico

Si Lekeitio, villa abierta al mar, tuviese acceso por ferrocarril, las invasiones veraniegas, con su estrepitosa vulgaridad hubiesen alterado ya la fisonomía entre ruda y cordial, de este apacible rincón del Cantábrico. Nuestro tiempo, esclavo de un egoísmo sin poesía, no pide a los sitios y a las cosas más que baratura y comodidad. La gente anda por el mundo pendiente de sus sensaciones más rudimentarias como si el espíritu no tuviera derecho a más nobles goces. Hay que convenir en que se contenta con poco. Yo

deseo que Lekeitio tarde todo lo posible en disponer de aquel medio de locomoción y de tránsito, que refutamos como una de las formas del progreso. Cuanto más se aísla un pueblo, más fiel se mantiene a sus tradiciones familiares. La intercomunicación, demasiado frecuente y rápida, borra lo típico de cada región, fundiendo los gustos y las costumbres en una irritante uniformidad. Todavía si al aproximarse los pueblos se correspondiesen y se amaran, valdría la pena de favorecer su convecindad por todos los medios; pero, la experiencia demuestra por el contrario, que cuanto más se acercan los pueblos unos a otros más agresivas y candentes son sus rivalidades. La fraternidad humana es un ideal

que si se realiza algún día, no será por obra del ferrocarril. Bien está, pues, Lequeitio, sin conocer esos y otros adelantos, de aparente utilidad. Ni el exceso de sabiduría, ni la multiplicación de sus relaciones sociales hacen al hombre más feliz. Para ser lo que es un puerto de pescadores, con una floreciente industria de salazón, Lequeitio no necesita asomarse a Europa; este continente, socavado por todas las ambiciones y todos los delirios. Las épocas en que sus bravos moradores subían hasta los mares del Norte para arponear, en los lomos de las ballenas, pasó para no volver. Quizás alguno de mis antepasados por la línea maternal, hallase la muerte en aquellos duros afanes propios de esta humilde y heroica gente, que se juega la vida a diario con la indiferencia del que no aventura nada. Son, en cierto modo, los señores del mar. D. Bruno de Larrazabal, que es un archivo viviente, me refería ayer episodios de aquel pasado y anécdotas de lo actual que demuestran, no sólo el temple del alma de los pescadores, sino la dignidad con que hacen frente a todos los reveses y a todas las inclemencias de la vida. Yo le oía conmovido y orgulloso de la posibilidad de que algunas de sus virtudes, disueltas en mi sangre, hayan contribuido a hacer de mí un hombre relativamente dueño de sí, humano, sencillo y de escasa vanidad, como son, en general, los marineros. A veces me pregunto: ¿Por qué no me quedé yo aquí? En la infancia yo sentía ya el amor del mar y la vocación de conocer todas sus rutas. De regreso de América, quise ser piloto y no pude, porque nadie me dió la mano. Personas pudientes que me conocían y cerca de las cuales acaso hubiera podido invocar un tímido derecho a su protección, sólo se preocupaban de que aprendiese la doctrina cristiana. Mi porvenir de hombre les hubiera obligado a hacer un desembolso que la más rudimentaria cultura exige y que la iglesia no reclama. Ser cristiano es más barato que entrar en la marina, con el título de piloto. Lo raro es que aquella precoz experiencia del egoísmo de los poderosos no haya hecho de mi temperamento un explosivo contra los millares de fariseos que infestan la sociedad con sus fingidas virtudes. Dios, sin duda, al rehusarme la condición de rencoroso, me ha compensado con una capacidad de desdén por todas las simulaciones señoriales, que me ha inmunizado contra los insidiosos estragos de la envidia y del odio. ¿Mansedumbre? ¿Resignación? No; simple desprecio de lo que considero una presuntuosa inferioridad, aunque se revista de pergaminos de heráldica y de oropeles que no hacen a nadie invulnerable al dolor y a la muerte, que a todos nos igualan con su frío rasero...

Lequeitio es una villa que esconde pudorosamente sus encantos al pié de unas colinas que encadenan sus grupas enjaezadas de verde y bajo un cielo que empañan frecuentemente las nubes. Yo he contemplado su gracioso conjunto desde la punta del malecón que avanza aguas adentro y defiende al puerto contra la furia de los oleajes. El golpe de vista desde aquel sitio nos permite abarcarlo todo; el muelle con sus abigarrado caserío, todo él viviendas de pescadores y de gentes que de una u otra manera dependen del mar; la alameda con sus hileras de castaños que entretejen con sus hojas recias y lustrosas la montera que da sombra al paseo; la iglesia, de elegante perfil, que por su disposición de espaldas al Océano, nos hace pensar en una bella nave mitológica, fondeada en la tierra como un símbolo náutico. A nuestra derecha se extienden las colinas de un verdor que debe su perennidad al clima lluvioso, hasta la prominencia rocosa de la costa en que alumbra el faro, y a la izquierda, nuestros ojos, luego de haberse detenido en la pequeña dársena que sirve de refugio a los vaporcitos y lanchas de pesca, buscan, por debajo del palacio de Abaroa, que lo domina todo, la playa que empieza junto a la alameda y se corre trazando ligeras curvas hasta Carraspio, donde adquiere despejada anchura. Si levantamos la mirada al paisaje se envuelve en una claridad de égloga; el prado alterna con el maizal y el uno y el otro truncan o interrumpen sus risueñas perspectivas para abrir paso a la carretera que escala las lomas de los cerros en la dirección de Ondárroa y de los otros pueblos costaneros. Frente a Carraspio se yergue, sin la menor insolencia geológica la islita de San Nicolás, que hace bis a bis a la playa de Carraspio. D. Bruno de Larrazabal, que ha sido el mejor alcalde que ha tenido Lequeitio, por el inteligente desinterés de su gestión y por sus afortunadas iniciativas, repobló la desierta isla de pinos

que han crecido en sus flancos y que el fuego destruyó en parte, sin que el celo municipal se haya preocupado, después, de enmendar el daño, negligencia lastimosa que disminuye las condiciones hospitalarias de aquel lugar. Su majestad la emperatriz Zita solía frecuentarla durante la estación estival, no por huir de la gente, pues todo el mundo amaba a la augusta dama, sino por el inocente placer de estar a solas con un buen libro, que es a veces confidente y eco de nuestra vida. Yo he ido allí alguna vez también con un libro, que he acabado por cerrar porque el panorama que tenía a la vista me tentaba más que la fría sugestión de la letra impresa. El hombre se consuela de las decepciones humanas con la contemplación de las cosas. La naturaleza se nos revela tardíamente, no por infidelidad suya, sino porque en la juventud no prestamos atención a sus gracias. El cielo, el mar y el paisaje se unen en un acorde misterioso que es como una divina sinfonía que el espíritu escucha con religioso recogimiento. Son como ráfagas de pureza que nos limpian de miasmas y nos devuelven a la lucha por la vida más tonificados, como si en esos minutos de intimidad con la creación se consumiesen las postreras ascuas de nuestras pasiones. Y el alma se interroga y sueña: Vagabundo, que andas por la vida sin brujula y sin luces que te guíen hacia el puerto ¿qué quieres o qué buscas? -nos pregunta muy quedamente una voz que viene de la lejanía del pasado. - ¿Por qué vives y para qué te afanas si todo es vanidad?... Deja la urbe que es fiebre y estrépito, avispero de codicias y ocasión de amarguras y quédate aquí; en este rincón del Cantábrico en que han vivido y han muerto los seres de tu sangre. Retorna a la humildad de tu cuna que fluye de este ambiente un poco luminoso, y su dulce melancolía te restituirá la paz interior que perdiste corriendo en pos de los pecados capitales. La salud espiritual está en la soledad y en el silencio, y la fuerza en el renunciamiento irrevocable que ha roto con todo, porque ha experimentado el vacío de todo.

Manuel Bueno

Blanco y Negro aldizkari ilustratua 1891an fundatu zuen Torcuato Luca de Tenak eta ABCrekin batera *Prensa Española* argitaletxe taldearen zutabe bihurtu zen. Arrakasta handiko aldizkaria izan zen.

Aditu batzuen ustez Manuel Bueno Bengoechea kazetari oso ezaguna izan zen bere garaian, 98ko belaunaldikoa. Nobela, antzerki, entsegu eta kritika ere landu zituen. Nahiz eta aparteko ikasketarik ez izan, ez eta fortunarik, Gorteetako diputatua izan zen hiru alditan, ingelesak esaten duten modura "self-made man"-a. Baina ia ezagunagoa da, hau da marka hau, Valle-Inclán idazlea mantxu uztearren.

Sanchez Mazaren antzean, eskuma-eskumako bihurtu zen eta ideologia faxistak liluratu zuen. 1936ko gerra hasieran milizianoek harrapatu eta erahil zuten. Zorte hobea izan zuen Sanchez Mazak.

Ama lekeitiarra izan zen, Juliana Tomasa Bengoetxea Arrizubieta eta Lekeitio bizi izan ez ziren arren (akaso garairen batean baliteke), hemen bazuten familia. Beraz, ezagutzen zuen Lekeitio ondo baino hobeto, laudamen honetan agertzen den legez.



ABC egunkariko hemeroteca
abc.es/archivo